

SHARPE
Y LA CAMPAÑA DE SALAMANCA

BERNARD CORNWELL

SHARPE
Y LA CAMPAÑA DE SALAMANCA

Junio y julio de 1812

Traducción de Carmen Soler Rodríguez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Sword*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: enero de 2023

© Bernard Cornwell, 1983
© de la traducción: Carmen Soler Rodríguez, 1998
© de la presente edición: Edhasa 1998, 2012, 2023
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6416-3

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 22771-2022

Impreso en España

A Peggy Blackburn, con cariño

Caballero aventurero es una cosa
que en dos palabras se ve apaleado
y emperador.

Quijote, I, XVI

LA BATALLA DE SALAMANCA


Julio de 1812

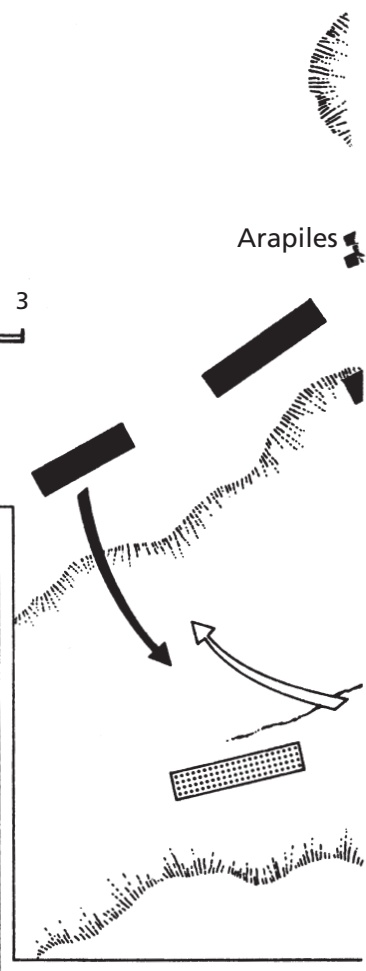


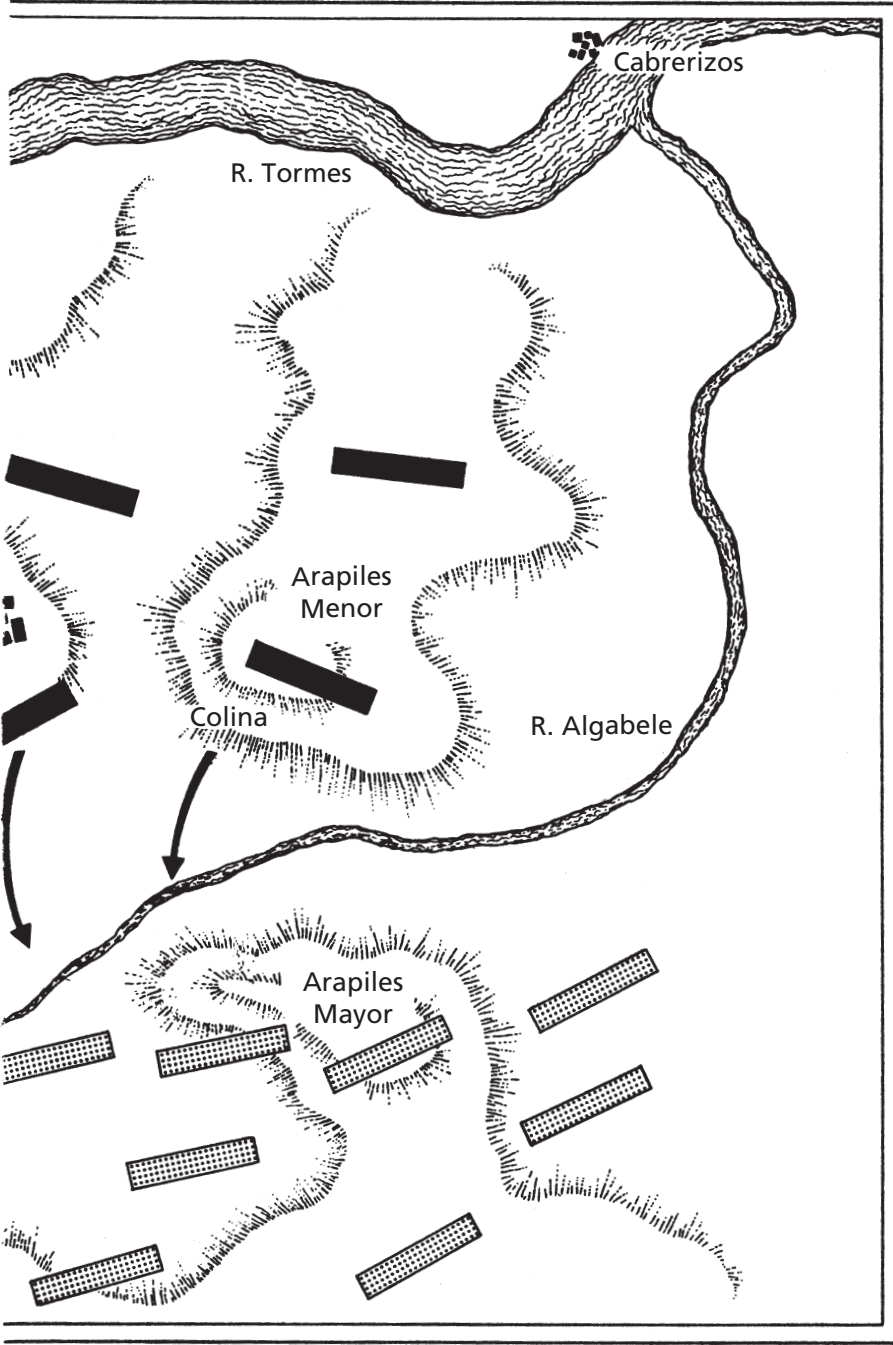
 Ingleses

 Franceses



Arapiles 





PRIMERA PARTE

Del domingo 14 de junio
al martes 23 de junio de 1812

PRÓLOGO

El hombre alto que iba a caballo era un asesino.

Era fuerte, de aspecto saludable, y cruel. Algunos opinaban que era demasiado joven para ser todo un coronel de la Guardia Imperial de Napoleón, pero nadie intentaba aprovecharse de su juventud. Una simple ojeada a sus extraños ojos pálidos, unos ojos de pestañas pálidas, unos ojos que conferían a su rostro fuerte y elegante la frialdad de la muerte, era suficiente para que los hombres mostraran respeto al coronel Leroux.

Leroux era el hombre del emperador. Iba allí donde Napoleón lo enviaba y llevaba a cabo los encargos de su amo con una destreza y una eficiencia despiadadas. Ahora se encontraba en España, lo había enviado el mismísimo emperador, y el coronel Leroux acababa de cometer un error. Era consciente de ello y se había maldecido a sí mismo, pero también estaba planeando la manera de escapar del apuro en que se había metido él solo.

Había caído en una trampa.

Había cabalgado con una escolta de caballería hasta un pueblo mísero enclavado en el borde de las extensas llanuras de León y allí encontró a su hombre, un sacerdote. Lo torturó arrancándole la piel pulgada a pulgada, y finalmente, por supuesto, el sacerdote habló. Todos acababan hablándole, al coronel Leroux. Sin embargo, esta vez había tardado demasiado. En el momento de la victoria, en el momento exacto en que el sacerdote no pudo aguantar más el dolor y gritó el nombre que Leroux había venido a oír, la caballería alemana irrum-

pió en el pueblo. Los hombres de la Legión Alemana del rey, que luchaban al lado de Gran Bretaña en esta guerra, masacraron a los dragones franceses, levantando sus espadas y dejándolas caer al tiempo que los cascos de sus caballos martilleaban bajo los gritos de dolor. Pero el coronel Leroux había huido.

Huyó con un oficial de menor graduación, un capitán de la escolta de caballería, y juntos cabalgaron desesperadamente hacia el norte, abriéndose paso por entre un grupo de alemanes, y luego, una hora más tarde, se detuvieron en el extremo de un bosque próximo a un arroyo que discurría con viveza hacia el río Tormes.

El capitán de dragones miró hacia atrás.

—Los hemos perdido.

—No —contestó el coronel.

El caballo de Leroux mostraba líneas de sudor blanco, tenía las ijadas estiradas hacia atrás mientras que el coronel sentía que el terrible calor del sol lo fundía dentro de su vistoso uniforme; una casaca roja con ribetes dorados, pantalones verdes con refuerzos de cuero y con botones de plata a lo largo de cada pernera. Su gran sombrero de piel negra, tan grueso que podía frenar un golpe de sable dado contra la cabeza, le colgaba de la perilla de la silla. La leve brisa no conseguía agitarle el cabello rubio y pegado por el sudor. De repente le dirigió una sonrisa a su compañero.

—¿Cómo se llama?

El capitán se sintió aliviado al percibir la sonrisa. Le tenía miedo a Leroux, y esta repentina e inesperada amabilidad resultaba un cambio agradable.

—Delmas, mi coronel. Paul Delmas.

La sonrisa de Leroux estaba llena de encanto.

—Bien, Paul Delmas. ¡Hasta aquí hemos hecho grandes cosas! Veamos si podemos perderlos de verdad.

Delmas se sintió halagado por esa familiaridad y le devolvió la sonrisa.

—Sí, mi coronel.

Volvió a mirar atrás y tampoco vio nada, salvo la hierba blanquecina, que permanecía en silencio bajo el calor. No se veía ningún movimiento excepto las ondulaciones de la hierba provocadas por el viento y un halcón solitario y amenazador que con las alas inmóviles surcaba el despejado cielo azul.

Al coronel Leroux no le engañaba aquel vacío. Había ido reconociendo el terreno mientras cabalgaban y sabía que los alemanes, como buenos profesionales, andaban por la llanura acordonándola para hacer que los fugitivos se dirigieran hacia el río. También sabía que los británicos marchaban hacia el este y que algunos de sus hombres irían siguiendo el curso del río, y supuso que él y su compañero se encaminaban hacia una emboscada. Así era. Estaba atrapado y en desventaja numérica, pero no vencido.

No podían vencerlo. Nunca lo habían vencido, y ahora, mucho más que otras veces, tenía que llegar hasta donde estaba el ejército francés para ponerse a salvo. Se había acercado mucho al éxito, y cuando concluyera su misión heriría al ejército británico, que no había sufrido muchas heridas en esta guerra. Sintió que el placer le invadía ante tal pensamiento. ¡Por Dios que los heriría! A él lo habían enviado a España para que descubriera la identidad del Mirador, y esta tarde lo había conseguido; ahora lo único que faltaba era llevar a El Mirador a alguna cámara de tortura y exprimirlo hasta que el espía británico soltara los nombres de todos los corresponsales que había en España, Italia y Francia, que eran quienes le enviaban los mensajes al Mirador a Salamanca. El Mirador recogía información de todo el imperio de Napoleón y, aunque los franceses hacía tiempo que conocían el nombre en clave, no habían conseguido descubrir su identidad. Leroux sí lo había conseguido y por ello debía escapar de esa trampa, tenía que llevarse a su cautivo de vuelta a Francia y allí destruiría la red de espías británicos que trabajaba para el Mirador. Pero primero debía sortear esa trampa.

Dejó que su caballo se adentrara en el denso fresco verdor del bosque.

–¡Venga, Delmas! ¡Aún no estamos acabados!

Encontró lo que quería justo a unas pocas yardas bosque adentro. Había un haya caída y con el tronco podrido frente a una maraña de zarzas y hojas que el viento había arrastrado el otoño anterior. Leroux desmontó.

–¡A trabajar, Delmas! –dijo con voz optimista y alegre.

Delmas no entendía lo que estaban haciendo, le daba miedo preguntar, pero siguió el ejemplo de Leroux y se quitó la casaca. Ayudó al coronel a limpiar la zona detrás del tronco, un escondite, y Delmas se preguntó si tendrían que quedarse así en cuclillas en tan espinosa e incómoda posición hasta que los alemanes abandonaran la persecución. Le dirigió una sonrisa tímida a Leroux.

–¿Dónde ocultamos a los caballos?

–Un momento –contestó Leroux sin contestar a lo que le preguntaba.

Parecía que el coronel estuviera midiendo el escondrijo. Desenvainó la espada y la clavó entre los zarzales. Delmas observó la espada. Era un arma de excelente artesanía, una espada pesada de caballería, de hoja recta hecha por Kligenthal, como la mayoría de la caballería francesa. Pero ésta la había hecho el mejor artesano de Kligenthal especialmente para Leroux. Era más larga que la mayoría y también más pesada, pues Leroux era un hombre alto y fuerte. La hoja era hermosa, un resplandor de acero entre la luz moteada de verde del bosque, y la empuñadura y el guardamano estaban hechos del mismo acero. Un hilo de plata envolvía la empuñadura, y ésa era su única ornamentación, pero, a pesar de su sencillez, el arma se revelaba como una hoja bella, exquisitamente equilibrada y mortífera. Sostener esa espada, pensaba Delmas, debía de ser como saber lo que sentía el rey Arturo cuando extrajo a Excalibur, suave como la seda gris, de la piedra del patio de la iglesia. Leroux se enderezó, parecía contento.

—¿Tenemos algo detrás de nosotros, Delmas?

—No, coronel.

—No deje de observar. No andan muy lejos.

Leroux supuso que le quedaban diez minutos, y eso era más que suficiente. Sonrió al mirar la espalda de Delmas, calculó la distancia y embistió.

Quería que esa muerte fuera rápida, indolora y con el mínimo de sangre. No quería que Delmas gritara y sobresaltara a cualquiera que pudiera hallarse en el interior del bosque. La hoja, tan dura como el día en que se había separado de las manos del artesano, atravesó la base de la cabeza de Delmas. La fuerza de Leroux, la tremenda fuerza de Leroux, hizo que atravesara hueso, la médula espinal, hasta el cerebro. Se oyó un suspiro suave y Delmas se derrumbó hacia delante.

Silencio.

Leroux suponía que lo capturarían y también sabía que los británicos no dejarían que se intercambiara al coronel Leroux por un coronel británico capturado por los franceses. Leroux era un hombre buscado por sus propios méritos. Obraba mediante el miedo, sembraba el horror sólo con su nombre y en todas sus víctimas, una vez muertas, quedaba inscrito su nombre. Dejaría un trozo de piel intacto y en ese trozo cortarían dos palabras. *Leroux fecit*. Como si fuera la vanagloria de un escultor que alardea ante una obra hermosa, dejaría su marca. «Lo hizo Leroux». Si Leroux fuese capturado no podía esperar clemencia. Sin embargo, los británicos no darían nada por el capitán Paul Delmas.

Se cambió el uniforme con el del cadáver, moviéndose con su rapidez y eficiencia habituales, y cuando terminó arrastró su uniforme, junto con el cadáver de Delmas, hacia el escondrijo. Los cubrió rápidamente con hojas y zarzas y dejó el cuerpo a merced de las bestias. Hizo que el caballo de Delmas se alejara sin importarle dónde iba y luego montó su propio caballo, se colocó el casco alto de bronce de Delmas en la cabeza y giró al norte, hacia el río donde esperaba ser capturado.

Iba silbando mientras llevaba el caballo al paso, no intentaba ocultar su presencia, al costado le colgaba la espada perfecta y en su cabeza albergaba el secreto que dejaría ciegos a los británicos. A Leroux no se le podía vencer.

Lo capturaron veinte minutos más tarde. Los casacas verdes británicos, los fusileros, surgieron de repente de sus escondrijos en el interior del bosque y lo rodearon. Por un momento, Leroux creyó que había cometido un gran error. Él sabía que el ejército británico estaba al mando de caballeros, hombres que se tomaban el honor en serio, pero el oficial que lo capturó parecía tan rudo y fuerte como él mismo. Era un oficial alto, curtido, de pelo castaño que le caía rebelde por una cara marcada con una cicatriz. No hizo caso de los intentos de Leroux por ser amable y ordenó que registraran al francés, y Leroux se alarmó cuando un sargento enorme, más aún que el oficial, encontró el papel doblado entre la silla y la manta sudadera. Leroux simuló no saber hablar inglés, pero trajeron a un fusilero que hablaba mal el francés y el oficial lo interrogó con respecto al papel. Era una lista de nombres, todos ellos españoles, y junto a cada nombre había una suma de dinero.

–Tratantes en caballos –dijo Leroux encogiéndose de hombros–. Compramos caballos. Somos de la caballería.

El alto oficial de fusileros oyó la traducción y miró el papel. Podía ser verdad. Se encogió de hombros y se metió el papel en la mochila. Le cogió al enorme sargento la espada de Leroux y el francés percibió una repentina codicia en los ojos del oficial de fusileros. Aunque resultara extraño para un soldado de infantería, el fusilero también llevaba una pesada espada de caballería, pero así como la de Leroux era hermosa y cara, la del oficial de fusileros era barata y tosca. El oficial británico empuñó la espada y comprobó su perfecto equilibrio. Le gustaba.

–Pregúntele cómo se llama.

El fusilero que actuaba como intérprete hizo la pregunta y el francés contestó:

–Paul Delmas, señor. Capitán del Quinto de dragones.

Leroux vio cómo los ojos castaños se posaban en él. La cicatriz que tenía el fusilero en la cara le daba un aspecto jocoso. Leroux reconoció la dureza y aptitud del hombre, también captó la tentación del fusilero de matarlo allí mismo y quedarse la espada. Leroux echó una mirada al claro del bosque. El otro fusilero parecía igual de despiadado e igual de duro. Leroux volvió a hablar.

–Quiere dar su palabra, señor –tradujo el fusilero.

El oficial de fusileros se quedó callado un momento. Caminaba lentamente alrededor del prisionero, con la hermosa espada todavía en su mano, y cuando habló lo hizo lentamente y con claridad.

–¿Y qué hace el capitán Delmas solo? Los oficiales franceses no viajan solos, les tienen demasiado miedo a los guerrilleros.

Se había vuelto a situar delante de Leroux, y el francés, con sus ojos pálidos, observaba al oficial de la cicatriz.

–Y usted es un maldito engreído, Delmas. Debería estar más asustado. No nos sirve para nada. –Se hallaba detrás de Leroux ahora–. Me parece que lo voy a matar.

Leroux no reaccionó. No parpadeó, no se movió, tan sólo esperó hasta que el oficial de fusileros estuviera de nuevo frente a él. El alto oficial de fusileros miró fijamente los ojos pálidos como si fueran a proporcionarle la clave del enigma que planteaba la súbita aparición del oficial.

–Tráigalo, sargento. Pero vigile a este cabrón.

–¡Sí, señor!

El sargento Patrick Harper empujó al francés hacia el sendero y siguió al capitán Richard Sharpe hasta fuera del bosque.

Leroux se relajó. El momento de la captura era siempre el de mayor peligro, pero el alto fusilero lo ponía a salvo y con él iba el secreto que esperaba Napoleón. El Mirador.

CAPÍTULO 1

—¡Maldita sea, Sharpe! ¡Dese prisa, hombre!

—Sí, señor.

Sharpe no hizo ademán de apresurarse. Leía cuidadosamente el trozo de papel a sabiendas de que su lentitud irritaba al teniente coronel Windham. El coronel se dio un golpe en la bota con la fusta.

—¡No tenemos todo el día, Sharpe! Hay que ganar una guerra.

—Sí, señor.

Sharpe repitió las palabras con tono paciente y tenaz. No iba a apresurarse. Ésa era su manera de vengarse de que Windham hubiera permitido que el capitán Delmas diera su palabra. Ladeó el papel para que la luz del fuego iluminara la tinta negra.

Yo, el abajo firmante, Paul Delmas, capitán del Quinto Regimiento de dragones, hecho prisionero por las fuerzas inglesas el 14 de junio de 1812, prometo por mi honor que no trataré de escapar ni abandonaré la cautividad sin permiso y que no pasaré ninguna información a las fuerzas francesas o a sus aliados, hasta que me hayan intercambiado, rango por rango, o quede liberado de este compromiso.

Firmado, Paul Delmas

Actúa como testigo, servidor, Joseph Forrest, comandante del Regimiento South Essex de su Majestad Británica.

El coronel Windham dio otro golpe seco con la fusta y el ruido resonó con fuerza bajo el frío helado anterior al amanecer.

–¡Maldita sea, Sharpe!

–Parece que está en regla, señor.

–¡En regla! ¡Rayos y centellas, Sharpe! ¿Quién es usted para decir lo que está en regla? ¡Santo Dios! ¡Yo digo que está en regla! ¡Yo! ¿Se acuerda de mí, Sharpe? ¿Su comandante?

Sharpe sonrió burlón.

–Sí, señor.

Le entregó la promesa a Windham, quien la cogió con gran cortesía.

–Gracias, señor Sharpe. ¿Nos da usted su permiso para irnos de una maldita vez?

–Adelante, señor.

Sharpe volvió a sonreír irónicamente. En los seis meses que el coronel llevaba al mando del South Essex, Windham había llegado a gustarle, aprecio que era correspondido por el coronel para con su brillante y obstinado capitán de la Compañía Ligera. Ahora, sin embargo, a Windham le quemaba la impaciencia.

–¡Su espada, Sharpe! ¡Por Dios, hombre! ¡Dese prisa!

–Sí, señor.

Sharpe se volvió hacia una de las casas del pueblo donde había acampado el South Essex. El amanecer era como una línea gris al este.

–¡Sargento!

–¡Señor!

–¡La espada del maldito franchute!

–¡Sharpe! –protestó el coronel Windham con aire de resignación.

Patrick Harper se giró y dio voces en el interior de una de las casas.

–¡El señor McDonald, señor! ¡La espada del caballero francés, señor, si se diera un poco de prisa, señor!

McDonald, el nuevo alférez de Sharpe, con tan sólo dieciséis años y unas ansias enormes por complacer a su famoso

capitán, salió a toda prisa con una hermosa espada envainada. Con las prisas, dio un tropezón, Harper lo sujetó y llegó hasta Sharpe y le dio la espada.

¡Dios, cuánto la deseaba! Había estado manejando el arma durante la noche, había comprobado su equilibrio, había percibido el poder del acero brillante, liso, y Sharpe codiciaba aquella espada. Aquello era algo de una belleza letal, hecho por un maestro, digno de un gran luchador.

—¿*Monsieur*?—dijo Delmas con voz suave y educada.

Por detrás de Delmas, Sharpe veía a Lossow, el capitán de la caballería alemana y amigo suyo, que había conducido a Delmas hasta la trampa. Lossow también había empuñado la espada y había sacudido la cabeza sin decir nada, pero asombrado por el arma. Ahora observaba cómo Sharpe se la entregaba al francés, símbolo de que había dado su palabra y que se le podía confiar su arma.

Windham suspiró profundamente.

—¿Ahora tal vez podemos empezar?

La compañía ligera marchaba al frente, tras la cobertura de la caballería de Lossow, adentrándose por las llanuras antes de que el calor del día aumentara y los cegara con el sudor y los sofocara con el polvo caliente y arenoso. Sharpe iba a pie, a diferencia de la mayoría de los oficiales, porque siempre había ido a pie. Se había alistado en el ejército como soldado raso, había llevado la casaca roja de los regimientos de línea y marchaba con un mosquete pesado colgado al hombro. Después, mucho después, había realizado el salto imposible de sargento a oficial y se había unido a los fusileros de élite con su característica casaca verde, pero Sharpe seguía marchando a pie. Era un hombre de infantería y marchaba igual que lo hacían sus hombres, y cargaba un fusil tal como ellos cargaban sus fusiles o mosquetes. El South Essex era un batallón de casacas rojas, pero Sharpe, el sargento Harper y el núcleo de la compañía ligera eran todos fusileros que estaban accidentalmente destinados en

el batallón y conservaban con orgullo sus casacas de color verde oscuro.

La luz gris inundaba la llanura, el sol anunciaba al este, con una franja de color rojo pálido, el calor que iba a hacer, y Sharpe veía las sombras oscuras de la caballería perfilarse contra el amanecer. Los británicos marchaban hacia el este invadiendo la España ocupada por los franceses, en dirección a la gran ciudad de Salamanca. La mayoría del ejército estaba lejos, al sur, e iba marchando por una docena de rutas, mientras que el South Essex, con los hombres de Lossow y un puñado de ingenieros, había sido enviado hacia el norte para destruir una pequeña fortaleza de los franceses que defendía un vado al otro lado del Tormes. Ya habían realizado ese trabajo, el enemigo había abandonado el fuerte y ahora el South Essex marchaba para unirse a las tropas de Wellington. Tardarían dos días antes de volver con el ejército y Sharpe sabía que serían días de calor implacable, pues atravesaban la llanura seca.

El capitán Lossow se quedó rezagado para situarse junto a Sharpe. Le hizo una señal con la cabeza al fusilero.

–No confío en el francés, Richard.

–Yo tampoco.

Lossow no se sintió desalentado por el tono seco de Sharpe. Estaba acostumbrado al malhumor matutino de Sharpe.

–Me parece extraño, a mí, que un dragón tenga una espada recta. Habría de tener un sable curvo, ¿no?

–Así es –contestó Sharpe haciendo un esfuerzo para parecer más sociable–. Teníamos que haber matado a ese cabrón en el bosque.

–Es verdad. Es lo único que se puede hacer con los franceses. Matarlos.

Lossow se echó a reír. Como la mayoría de los alemanes que había en el ejército británico, provenía de un país que había sido invadido por las tropas de Napoleón.

–Me pregunto qué le pasó al segundo hombre.

–Usted lo perdió.

Lossow sonrió irónicamente ante esa descortesía.

–Ni hablar. Se escondió. Espero que los guerrilleros lo cojan.

El alemán trazó con el dedo una línea que le atravesaba el cuello, insinuando el modo en que los guerrilleros españoles trataban a los franceses cautivos. Después sonrió a Sharpe.

–Quería su espada, *ja?*

Sharpe se encogió de hombros y dijo la verdad.

–*Ja.*

–¡La conseguirá, amigo! ¡La conseguirá! –contestó Lossow riendo, y luego avanzó al trote hasta donde estaban sus hombres.

Él, ciertamente, creía que Sharpe conseguiría la espada; ahora bien, si esa espada lo haría feliz era otra cuestión. Lossow conocía a Sharpe. Sabía del espíritu inquieto que lo empujaba en esta guerra, un espíritu que lo llevaba de una hazaña a otra. En una ocasión, Sharpe quiso capturar un estandarte francés, un águila,¹ algo que nunca había hecho antes un británico, y lo consiguió en Talavera. Luego había desafiado a los guerrilleros, a los franceses, incluso a los de su propio bando, atravesando España con el oro, y al hacer esto había conocido a Teresa y la había deseado.² También la había conseguido, se había casado con ella hacía justo dos meses, después de ser el primer hombre que atravesara la brecha mortal de Badajoz.³ Sharpe, sospechaba Lossow, a menudo conseguía lo que quería, pero parecía que las proezas no lo dejaban nunca satisfecho. Su amigo, concluyó el alemán, era como un hombre que, buscando una vasija con oro, había encontrado diez y las había rechazado todas porque no tenían la forma adecuada. Se echó a reír al pensarlo.

1 Ver *Sharpe y el Águila del Imperio*.

2 Ver *Sharpe y el oro de los españoles*.

3 Ver *Sharpe y sus fusileros*.

Marcharon durante dos días, acampaban pronto y se ponían en marcha antes del amanecer y, a la mañana del tercer día, el amanecer mostró una mancha de fino polvo en el cielo, un gran penacho que indicaba el lugar donde la fuerza principal de Wellington cubría las rutas que conducían hacia Salamanca. El capitán Paul Delmas, llamativo con sus extraños pantalones color de orín y con el casco alto de bronce en la cabeza, adelantó a Sharpe espoleando su caballo para mirar fijamente la nube de polvo, como si esperara ver debajo de ella las masas de infantería, caballería y artillería que marchaban para enfrentarse a las mayores fuerzas de Francia. El coronel Windham siguió al francés, pero se detuvo junto a Sharpe.

–¡Un jinete excelente el maldito, Sharpe!

–Sí, señor.

Windham se echó atrás el bicornio y se rascó la calva.

–Parece un tipo bastante decente, Sharpe.

–¿Ha hablado con él, señor?

–¡Santo cielo, no! Yo no hablo en franchute. ¡Snap! ¡Ven aquí! ¡Snap! –Windham le gritaba a uno de sus perros raposeros, eternos compañeros del coronel. La mayor parte de la jauría se había quedado en Portugal, en el cuartel de verano, pero media docena de aquellos perros mimados de manera escandalosa iban con el coronel–. No, Leroy ha charlado con él.

Windham se las había arreglado para sugerir que el comandante americano estaba obligado a hablar francés, puesto que era extranjero. Los americanos eran raros, cualquiera era raro para Windham, si no llevaba auténtica sangre inglesa.

–Ya sabe que caza, ¿no?

–¿El comandante Leroy, señor?

–No, Sharpe. Delmas. La verdad es que cazan de una manera bien extraña en Francia. Jaurías de perros de lanas. Supongo que intentan copiarnos y no saben cómo hacerlo.

–Probablemente, señor.

Windham echó una mirada a Sharpe para ver si le estaba tomando el pelo, pero el rostro del fusilero no revelaba nada. El coronel se tocó el sombrero cortésmente.

—No le distraigo más, Sharpe. —Se volvió hacia la compañía ligera—. ¡Bien hecho, bribones! Dura la marcha, ¿eh? ¡Pronto habrá acabado!

Se acabó a mediodía, cuando el batallón alcanzó las colinas situadas junto al río. Había llegado un mensajero del ejército y le había asignado al South Essex ese lugar, mientras que el resto del ejército marchó más al este, hacia los vados que los llevarían a la orilla norte. Los franceses habían dejado una guarnición en Salamanca que dominaba el largo puente romano, y el trabajo del South Essex era asegurarse de que nadie de la guarnición intentara escapar atravesando el río. La tarde se presentaba fácil y tranquila. La guarnición pensaba quedarse; la guardia en el puente no era más que una formalidad.

Sharpe había estado en Salamanca cuatro años atrás con el desdichado ejército de sir John Moore. Entonces conoció la ciudad en invierno, bajo un agua nieve fría y un futuro incierto, pero no la había olvidado nunca. Ahora permanecía en la cima de la colina, a doscientas yardas del extremo sur del puente romano, y miraba fijamente la ciudad elevada sobre el agua. El resto del batallón estaba detrás de él, alejados de la mirada de los cañones franceses situados en los fuertes, y tan sólo estaban con él la compañía ligera y Windham. El coronel había venido a ver la ciudad.

Era un lugar de piedra de color miel, un derroche de campanarios y torres, iglesias y plazas, todo ello empujado por las dos catedrales que había sobre la colina más alta. La catedral nueva, con tres siglos de historia y dos torres cubiertas con cúpula, se erguía enorme y serena bajo la luz del sol. Esta ciudad no era un lugar de comercio, como Londres, tampoco una fortaleza de granito, como Badajoz, sino un lugar de erudición, de oración, de gracia y de belleza que

no tenía más propósito que el de agradar. Era una ciudad de oro sobre un río de plata, y Sharpe estaba contento de haber regresado.

Sin embargo, la ciudad había sufrido daños. Los franceses habían arrasado el ángulo sudoeste de Salamanca y tan sólo habían dejado tres edificaciones. Las tres las habían convertido en fortalezas, proveyéndolas de fosos y murallas, troneras y cañoneras, y las casas e iglesias antiguas, escuelas y monasterios habían sido derribados despiadadamente para proporcionar a los tres fuertes un amplio campo de fuego. Dos de ellos dominaban el puente, lo que impedía a los británicos hacer uso de él, el tercero estaba más cerca del centro de la ciudad. Sharpe sabía que los tres habrían de ser tomados antes de que los británicos abandonaran la ciudad y persiguieran al ejército francés que se retiraría hacia el norte.

Miró hacia abajo, desde las fortalezas hacia el río, que corría lentamente bajo el puente, entre árboles verdes. Halcones de las marismas, con los extremos de sus alas elevados, planeaban entre islas verdes. Sharpe volvió a mirar la magnificencia de la catedral de piedra dorada y deseó entrar en la ciudad. No sabía cuándo ocurriría eso. Una vez el lejano extremo del puente estuviera protegido por la Sexta División, el South Essex marcharía dos millas hacia el este, hasta el vado más cercano, y luego iría al norte para unirse con el resto del ejército. Pocos hombres de las fuerzas de Wellington verían Salamanca hasta que el ejército de Marmont hubiera sido derrotado, pero de momento Sharpe tenía bastante con admirar la serena y compleja belleza del otro lado del río y desear que pronto, muy pronto, tuviera la oportunidad de explorar las calles una vez más.

El coronel Windham esbozó una sonrisa.

—¡Extraordinario!

—¿Extraordinario, señor?

Windham señaló con su fusta hacia la catedral, luego al río.

—Catedral, Sharpe. Río. Igual que Gloucester.

–Yo creía que Gloucester era llano, señor.

Windham sorbió al oír el comentario.

–Río y catedral. Realmente viene a ser lo mismo.

–Es una ciudad bonita, señor.

–¿Gloucester? ¡Por supuesto! Es inglesa. Calles limpias. No como ese maldito sitio.

Probablemente, Windham no se había aventurado a salir de la calle mayor de cualquier ciudad inglesa para explorar los callejones y tugurios llenos de porquería. El coronel era un hombre de campo, con las virtudes del campo y a quien todo lo extranjero le resultaba sospechoso. No era tonto, aunque Sharpe sospechaba que al teniente coronel Windham algunas veces le gustaba hacerse el tonto para evitar el más hiriente de todos los reproches ingleses: pasarse de listo. Windham se retorció sobre su silla y miró hacia atrás al resto del batallón.

–Ahí viene ese francés.

Delmas saludó a Windham. El comandante Leroy iba con él y traducía para el coronel.

–El capitán Delmas pregunta cuándo se le puede mandar al cuartel general, señor.

–Parece tener prisa, ¿no? –Windham frunció el entrecejo de su cara curtida, luego se encogió de hombros–. Supongo que quiere que lo intercambiamos antes de que los franchutes de mierda se vayan corriendo hasta París.

Delmas estaba bien echado hacia atrás en su silla para que uno de los perros del coronel pudiera lamerle los dedos. Leroy habló con él mientras Windham se impacientaba. El comandante se volvió hacia el coronel.

–Nos agradecería que lo intercambiáramos pronto, señor. Dice que su madre está enferma y está deseoso de tener noticias tuyas.

Sharpe dejó ir un ruido compasivo y Windham lo hizo callar. El coronel observaba con aprobación al francés, que alborotaba a sus perros.

–No tengo inconveniente, Leroy. No tengo la menor idea de quién lo va a escoltar hasta el cuartel general.

Windham se volvió a girar y echó una rápida mirada hacia el batallón.

–Supongo que se lo podemos pedir a Butler. Suele estar dispuesto.

Divisó entonces al alférez McDonald, mucho más cerca.

–¿Su hombre sabe montar, Sharpe?

–Sí, señor. Pero no tiene caballo.

–Tiene usted ideas bien raras, Sharpe.

Windham desaprobaba bastante la idea de Sharpe de que un oficial de infantería debía caminar, como sus hombres. El que algunos oficiales fueran a caballo tenía su sentido. Podían tener mayor visión en batalla y podían ser vistos por sus hombres, pero una compañía ligera luchaba a pie en la línea de tiradores, y un hombre a caballo era un blanco perfecto. Los oficiales de Sharpe gastaban las botas. McDonald había oído la conversación entre Sharpe y Windham y se acercó; parecía impaciente. El comandante Leroy se descolgó de su propio caballo.

–Puede coger el mío. ¡Móntelo con cuidado!

Leroy abrió su bolsa y sacó un trozo de papel doblado.

–Aquí está la promesa del capitán Delmas. Le da esto al oficial de servicio en el cuartel general, ¿entendido?

–Sí, señor –contestó McDonald excitado.

Leroy ayudó al alférez a subir al caballo.

–¿Sabe dónde está el cuartel general?

–No, señor.

–No lo sabe nadie –refunfuñó Windham señalando hacia el sur–. Vaya por aquí hasta que encuentre el ejército, luego vaya al este hasta que encuentre el cuartel general. Le quiero de vuelta aquí al atardecer, y si Wellington le dice que se quede a cenar, dígame que ya está comprometido.

–Sí, señor –contestó McDonald haciendo una sonrisa burlona, pero al tiempo encantado–. ¿Cree que cabe esa posibilidad?

—¡Lárguese ya!

Windham le devolvió el saludo a Delmas. El francés se volvió una vez más para mirar hacia Salamanca, miraba fija y atentamente como si intentara ver si algunas de las tropas británicas ya habían regresado de los vados y entraban por las calles de la ciudad. Luego los ojos pálidos se volvieron hacia Sharpe. Delmas sonrió.

—*Au revoir, monsieur.*

Sharpe le devolvió la sonrisa.

—Espero que su madre se mejore, cabrón.

Windham se erizó.

—¡Eso era innecesario, Sharpe! ¡El tipo ha sido agradable! ¡Francés, por supuesto, pero agradable!

Delmas iba al trote obedientemente detrás del alférez de dieciséis años y Sharpe los miró marchar y luego se volvió de nuevo hacia la magnífica ciudad al otro lado del río. Salamanca. Sería la primera victoria sin sangre de la campaña de verano de Wellington, y luego Sharpe recordó que no iba a ser tan incruenta. Las fortalezas provisionales que quedaban en la ciudad deberían ser reducidas para que Wellington pudiera hacer que sus provisiones y sus refuerzos atravesaran el largo puente romano. Deberían luchar por la ciudad de oro de manera que el puente, construido hacía tanto tiempo por los romanos, pudiera ayudar a un nuevo ejército en una guerra moderna.

Sharpe se sorprendía de que un puente tan viejo se mantuviera en pie. Los parapetos de la calzada estaban almenados, como los muros de un castillo, y casi en medio del puente había una fortaleza pequeña y elegante, con arcos, construida sobre la carretera. Los franceses no tenían una guarnición en el diminuto fuerte, lo habían dejado al cuidado de una estatua de un toro. El coronel Windham también miró hacia el puente y meneó la cabeza.

—Realmente terrible, ¿eh, Sharpe?

—Terrible, señor.

—¡Hay más malditos arcos que huesos tiene un conejo! Un puente inglés no tendría más que dos arcos, ¿no es así? ¡No esa manera de malgastar la piedra! Además, supongo que los españoles se debían creer muy listos por haberlo construido, ¿no?

Leroy, con el rostro marcado con las terribles cicatrices de Badajoz, respondió con voz lacónica.

—Lo construyeron los romanos, señor.

—¡Los romanos! —exclamó Windham con una gran sonrisa burlona—. Todos los malditos puentes de este país los construyeron los romanos. Si no hubieran estado aquí, ¡los españoles no hubieran cruzado un río en su vida! —Se echó a reír ante esa ocurrencia—. ¡Buena, ésta! Tengo que escribirle a Jessica. —Dejó caer las riendas sobre el pescuezo del caballo—. Menuda pérdida de tiempo esto. Ningún maldito franchute va a intentar cruzar el puente. Sin embargo, creo que a los chicos les iría bien un descanso. —Bostezó y luego miró a Sharpe—. Su compañía puede vigilar, Sharpe.

Sharpe no respondió. El coronel frunció el ceño.

—¿Sharpe?

Pero Sharpe le estaba volviendo la espalda al coronel y se descolgaba el fusil.

—¡Compañía ligera!

¡Por Dios! ¿No había que hacerle siempre caso al instinto? Sharpe estaba tirando del pedernal de su fusil, se colocó delante del caballo de Windham, mientras que a su derecha, abajo en el vallecito que se acercaba al extremo sur del puente, estaba Delmas.

Sharpe había visto el movimiento por el rabillo del ojo, y luego, con gran sobresalto, reconoció los pantalones holgados, el casco de bronce y sólo un fusil podía ya detener al francés. Sólo un fusil tenía el alcance para matar al fugitivo en quien el instinto de Sharpe había dicho que no se confiara. ¡Maldita palabra!

—¡Santo Dios! —exclamó el coronel Windham al ver a Delmas—. ¡Santo Dios! ¡Su palabra! ¡Maldito sea!

Dios ya podía ir maldiciendo a Delmas, pero sólo un fusilero podía evitar que alcanzara el puente y llegara a salvo a los fuertes franceses que estaban al otro lado. Delmas, inclinado sobre el pescuezo del caballo, estaba a unas cien yardas del fusilero, a la misma distancia del inicio del puente. Sharpe apuntó al gran caballo, siguió a la bestia al galope por el punto de mira, apretó su dedo contra el gatillo y entonces el caballo del coronel Windham le tapó la visión.

—¡Allá vaaa!

Windham, con el sable desenvainado, espoleó a su caballo para ir tras el francés con sus perros ladrando a ambos lados.

Sharpe levantó de golpe el fusil y maldijo a Windham por haberle tapado la visión, miró fijamente y con desesperación mientras el francés, habiendo perdido el honor, se precipitaba hacia el puente y en busca de refugio.